

# EL AMIGO DEL OBRERO

— Organo de los Círculos Católicos de Obreros —

**Homenaje á Cristo Redentor y á su Augusto Vicario en las postrimerías del Siglo XIX**

## PRECIOS DE SUSCRICION

En la Capital (por mes) . . . . . \$ 0.20  
En campaña (semestres adelantados) . . . . . 1.20

Las personas que tomen 10 suscripciones, recibirán 2 números de regalo, y así sucesivamente en la misma proporción.

## REDACTORES

TOMAS G. CAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS DOMINGOS

## ADMINISTRACION

CALLE URUGUAY NUM. 180

## PUNTOS DE SUSCRICION

Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada y Conflitería de la Catedral, Ituzalngó 173.

Rogamos á nuestros suscritores se sirvan dirijir las quejas á dichos puntos.

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

ADMINISTRACION  
Calle Uruguay 180—Montevideo  
—3338—  
HORAS DE OFICINA  
9 A 11 A. M. — 2 A 5 P. M.

## El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 9 DE SETIEMBRE DE 1900

## Doña Sofía Jackson de Buxareo

La egregia matrona que conocimos en este mundo con el distinguido nombre que encabeza estas líneas, tributo de nuestras condolencias, ha dejado de existir, iba á exclamar con el terrible desconsuelo del huérfano que llora perdida á la madre de su corazón que colmaba por completo sus esperanzas; pero lejos de ello, vive para siempre y más que nunca digo, con la fe del creyente, que no va en el sepulcro más que el puerto seguro por donde deben entrar en la bendita tierra de promisión, los que como nuestra extinta han navegado á velas desplegadas por el mar tempestuoso de este mundo, afianzando siempre su baje, con los santos preceptos de las perfecciones evangélicas.

Nunca, no, nunca nuestra humilde hoja se ha manchado, ni se manchará, Dios mediante, con la escoria servil de la lisonja, y sabemos perfectamente que no hay premio más grande para las buenas obras, que los benditos fallos de la sanción divina y no el efímero aplauso de los hombres, que no es más que vanidad y se desvanece como la pomposa espiral de humo arrebatada por los vientos: sabemos perfectamente que la caritativa matrona, cuya muerte lloramos, no levantó el trofeo de sus actos beneméritos, para ser aplaudida por los hombres aplauso que nunca tuvo en cuenta; sino para ser premiada por aquel Dios, que despreciaba las grandes y pregonadas limosnas de los escribas y fariseos, y aplaudía y aceptaba el óbolo, aunque exiguo, de la Viuda del Evangelio, precisamente porque era ignorado de los hombres; ignorancia y olvido que siempre tuvo en cuenta y buscó con afán la piadosa extinta.

Así que no á título de lisonja, sino á título de aquella justicia con que Dios mismo aplaude en las divinas escrituras, á la mujer fuerte, cuyo modelo llenó completamente con sus actos en este mundo, la benéfica y piadosa señora, nos atrevemos á estampar estas líneas, hiriendo quizás la modestia que tanto amó ella y tan peculiar es á sus deudos.

Difícil es bailar entre la ruin herencia de este mundo á la mujer verdaderamente fuerte. ¿Qué inventó en ventel? ¿quién la hallará? dice el sagrado texto: ¿quién hallará á la mujer que se ciñó de fortaleza y robusteció su brazo? ¿La mujer que se entregó á las empresas áridas, y cuyos dedos se deleitaron con los giros de la ruca? ¿La mujer cuyas manos se abrieron para la indigencia, y cuyos brazos se extendieron para recoger al pobre? La mujer cuya fortaleza la viste con ropaje de hermosura celestial que la hará deleitarse en el último día, en el día del premio, en el día de las alabanzas? ¿La mujer que abrió sus labios para dejar escapar consejos de sabiduría, y que rigió los movimientos de su lengua según las leyes de la clemencia? ¿La mujer que consideró las bases de su grandezza, y con todo no comió su pan en medio de la ociosidad?

Al considerar los rasgos de la mujer fuerte y confrontarlos con la vida de la ilustre matrona, no podemos menos de exclamar:—He ahí que hemos encontrado á la mujer de tan difícil hallazgo.—Hemos visto sus energías deleitarse en las áridas y grandiosas empresas de la vida, y sus manos ocupadas en el silencio de su humildad y su modestia cortando y cosiendo los paños con que había de cubrir su caridad las desnudeces de los huérfanos y desheredados de la fortuna; hemos admirado su augusta persona al atravesar sin la pequeñez del lujo, ni del boato, las calles de nuestra ciudad, para llevar el pan á la indigencia, y la benéfica limosna á los necesitados; la hemos adivinado y aplaudido en silencio en sus obras de caridad, que habrá sabido esconder á los ojos de los hombres, pero que Dios se encargará de poner á la vista de todos en el día novísimo, en el día del premio y de las alabanzas. ¿Cuántos consejos de sabiduría se habían escapado de sus labios, si su corazón estaba empapado en la sabiduría de Dios, y en la epla valorización de los preceptos divinos!

Por eso, si como á la mujer fuerte no la rodearon los hijos de sus entrañas, la acompañaron empero con su duelo los hijos de sus lágrimas, los pobres y los necesitados, y forjó corona en torno de su ataud el inmenso pueblo que tanto la amaba, acompañando su cadáver hasta el sepulcro, proclamándola feliz y bienaventurada: *surrexerunt filii ejus et beatissimam predicaverunt.*

Muchas veces ante el pomposo aparato, con que son acompañados á la última morada los restos de los grandes de la tierra, he recorda-

do las palabras de San Agustín "son alabados en este mundo, donde ya no están, y abrazados por las llamas en el otro donde están": *laudantur ubi non sunt, et cremantur ubi sunt*; pero no ha pasado así con nuestra ilustre fallecida.

Bajó al sepulcro acompañada de las alabanzas y bendiciones de toda la República; bendiciones y alabanzas, que Dios sin duda sancionaba con el premio eterno en el reino de los cielos; pues dice el Espíritu Santo, que la mujer temerosa de Dios es la que será alabada.

Reciba pues el Omnipotente los sufragos, que elevan por su alma, tantas instituciones religiosas cuyo espíritu y ayuda y sostén fué en este mundo la piadosa extinta, y repose en paz bajo el ara del Señor, el cadáver de la que tanto se desvirtuó por el decoro de la santa casa de Dios, de la que siempre se mostró devorada por el celo del santo tabernáculo.

Y reciban sus deudos, desde las columnas de El Amigo del Obrero, junto con los votos de condolencia, el bálsamo de la resignación cristiana por la sensible pérdida, con las palabras del Salmista: *beatí qui in Domino moriuntur*; bienaventurados, los que mueren en el Señor.

## QUISICOSAS

### El acuerdo

El—¿El mudo?  
Yo—Servidor de usted.  
El—¿Quisiera tener un rato de conversación con usted?

Yo—Difícilillo es; porque no sé hablar: pero por señas puede que nos entendamos. Siéntese usted.

El—Yo soy extranjero, para lo que usted manda.

Yo—Mil gracias.  
El—Y es el caso...

Yo—Usted dirá.

El—... desearía que usted me explicara, qué se entiende por eso de el acuerdo de que usted habrá oído hablar.

Yo—No, señor, no; porque soy también sordo.

El—Pero ¿qué se entiende por acuerdo?

Yo—Acuerdo es el acto de coincidir dos ó más voluntariamente, sobre un mismo asunto.

El—Bien! bien!

Yo—Acordes en sus ideas, se dicen los que coinciden en ellas...

El—¿Ajá?

Yo—Acordes en sus hechos, los que se conforman en ellos...

El—Ya, ya!

Yo—Celebrar un acuerdo; establecer unas bases á las cuales han de conformarse todos...

El—¿Ajá?

Yo—... Y esto se hace muchas veces en política.

El—Pues yo soy; mire usted: extranjero y acuerdista en política.

Yo—¿Y á mí qué me cuenta usted? No entiendo yo de esas cosas.

El—Porque, créame señor Mudo, sin acuerdo estamos perdidos: ¿entiende?

Yo—Sí, sí; yo entiendo todo.

El—Sí, sí; perdidos hasta ahogarnos...

Yo—¿Sí?

El—No le quepa duda ¿me entiende?

Yo—Sí, hombre!

El—Y el acuerdo le es más benéfico al país, que el mismísimo puerto.

Yo—¿Oh!!!

El—Sí, carísimo Mudo; ¿me entiende? ¿Se rie usted?

Yo—No, señor, no; si yo estoy más serio que un mameluco.

El—He notado una sonrisa en sus labios; y á mí no me gusta que se me rían en política.

¿Está usted?

Yo—Sí, señor; pero ya ve que estoy algo ocupado...

El—Pues yo no lo estoy; y en eso no estamos de acuerdo. Pero, como le iba diciendo...

Yo—¡Ay! (La Virgen de los Remedios, lo remedie).

El—... es más benéfico al país, que el puerto. Vamos á ver. ¿Qué necesita el país? Paz! paz! y siempre paz!

Yo—Paz! (¡Lata! ¡lata! El ángel de la paz me ayude).

El—Y después vendrá el puerto. ¿No lo cree usted así?

Yo—No hay inconveniente; si lo hacen.

El—Pues la paz es la base del puerto, y el acuerdo la base de la paz. Ergo...

Yo—(Ay! ay!).

El—... el acuerdo es la base del puerto y de los demás bienes... Y se lo probaré á Vd.

Yo—No, señor; no se moleste usted. Si yo lo creo todo...

El—No es molestia: lo ilustraré á usted brevemente.

Yo—Le tomo la palabra, brevemente.

El—Pues oiga usted.

Yo—(No puedo).

El—... Si los colorados y blancos, hubieran hecho el acuerdo, señal es que los dos partidos estaban conformes.

Entonces, él también se arrojó... ignorando todavía lo que ya á decir. Hijo del siglo, correcto pero excéntrico, no crea más desde la edad de 16 años, y sin embargo hay días en que la oración consuela aun el corazón del incrédulo.

Instintivamente al contemplar á su esposa conversar con Dios, confíale su dolor inmenso, unido á ella. "Cuando estén congregados varios para pedir algo á mi padre en mi nombre, os lo concederé, ha dicho Jesucristo. Y ambos, de rodillas ante el crucifijo de marfil imploran el Señor, el Dios de misericordia; ambos, la madre piadosa, y el padre incrédulo ruegan al Todopoderoso: "Dios mío, apartad de nosotros este cáliz, si es posible!... si es vuestra voluntad santa!..."

En aquel instante, el padre prometió algo á Dios, se impuso una obligación. "Si mi hijo sana... os prometo..."

Y buscó en el arsenal de sus cobardías, la cosa más dura, una cosa que fuera como la retractación de toda su vida, una solemne reparación de su culpable indiferencia.

Entonces, en voz alta, dijo: "Si mi hijo sana... mujer, tu serás feliz..."

Yo cumpliré... si... este mismo año... yo cumpliré con el precepto pascual!..."

La mañana siguiente, el doctor preguntó al portero antes de subir si aun vivía el niño.

—¿Cómo sigue el enfermo?

Mucho mejor... mucho mejor... se ha notado una gran mejoría...

—No es posible!

Sin embargo, era la verdad!... Y diez días después velase correr, brincar en el jardín un niño pálido de 5 años, cuyos grandes ojos sonreían alegremente á un hombre y á una señora que gozaban de la felicidad de la criatura: papacito, mira como salto ya que estoy sano, sano del todo; mamita á que no corre tanto como yo...

En fin, se desvaneció todo temor; ahora la razón podía hablar, y los días siguientes reflexionó sobre su voto.

Primero rechazó el pensamiento de la realización inmediata... Ir á comulgar, ¿dijo?... hombre correcto... hombre del gobierno... hombre de la Universidad?... No faltaba más... Pero haría mejor y más, algo había prometido.

Y, desde este día, todos los mendigos que encontraba en la calle fueron mendigos felices: monedas blancas, dos reales, cinco reales, caían en sus manos ávidos; el día de los Ramos, el profesor pagó su ramo un peso, su diario dos reales... y no faltó una propina adicional para la sirvienta y el cocinero...

Sin embargo, la última semana de Pascua, una inquietud febril agitó su alma: he prometido, ¿dónde cumplir!

Prometido á quién?... á Cristo!...

Si no creía más ahora... pero debería á lo menos arrojarse en un confesionario, hacer acto de buena voluntad... dejar al sacerdote la responsabilidad...

Rebelábase su orgullo... ¿Cómo? yo...! de rodillas?... en la Matriz, en medio de la muchedumbre! ¿Qué pensarán las mujeres de sus colegas...? Aun tiene tiempo...

A pesar de todo, la mañana del último domingo vino á la iglesia en ayunas... ¿Quién sabe?... Si la ocasión propicia se ofrecía?... Un sacerdote venerable... una capilla desierta...

Pero, bruscamente, en el medio de la nave su orgullo libra un asalto terrible á su cobardía... Mira... mira la puerta... y sale... y para acabar de una vez, entra en una confitería, toma un bizcochuelo... y lo come... De este modo, no está más en ayunas, y queda resuelta la terrible cuestión del precepto pascual...

Como tragaba los últimos pedazos y limpiaba los dedos observando los transeúntes, vio venir hacia él á su hijo... su Juanito, un hermoso niño rubicundo que la criada llevaba de la mano para atravesar la calle. El padre tosía para llamar la atención del niño.

Juanito lo vió, y señalando su papá á la criada: "Papá!... buen papacito que come."

Y no acabó: una jardinera de lechero, que llegaba al galope atropelló á la pobre criatura y antes que tuviera tiempo de ladearse, las pesadas ruedas aplastaban y destrozaban su débil cuerpo...

El padre no se movió... Ahora se ha vuelto taciturno, algunos lo creen loco, pues, á cada instante, se parn en medio de la conversación, y dice mirando á los presentes con ojos huranos: "Yo he muerto... á mi hijo!"

## Veán ustedes

Para qué sirve la confesión?  
Para que los hombres no roben, ni maten, ni blasfemen, ni se emborrachen, ni mientan, ni sean perjuros, y se respeten mutuamente, y vivan en paz unos con otros y sean, por lo



## Sofía Jackson de Buxareo

(Q. E. P. D.)

## CIRCULO CATOLICO DE OBREROS

**El Directorio invita á todos los socios y sus familias para asistir á la misa que el señor Consiliario, Pbro. don German Vidal, celebrará en sufragio del alma de esta insigne bienhechora de los obreros, el lunes 10 del corriente á las 8 a. m. en la Iglesia Metropolitana.**

## EL SECRETARIO.

Ahora bien, estando conformes y obligándose á estarlo, se evitan las luchas. Ergo... ergo viene la paz, ergo viene la paz, ergo viene la prosperidad, ergo viene el puerto; ergo vienen todas las bienandanzas sobre el país. ¿Qué le parece á usted el argumento?

Yo—Todo lo que usted quiera.

El—Pues mañana mismo, aunque á la verdad algo tarde, lo publicará en "El Día" y créame usted hará sensación. ¿Me entiende?

Yo—Sí, si si habla usted con la lógica de...

El—Pues es claro. Con el acuerdo en esa forma, se cortan todos los abusos: y viviremos en un paraíso...

Yo—Por amor de Dios! Si y sobrarían los manicomios... y hasta las cárceles, donde deberían encerrar, aunque sea por algunos días, á todos los impertinentes.

El—¿Qué dice usted? ¿Qué estarían de más las cárceles? A ver ese argumento en favor del acuerdo. Con él, corroboraré el mío.

Yo—¿Pues no decía usted que el acuerdo es la base de toda felicidad? ¿Y le parece poca felicidad no necesitar de cárceles, ni carceleros?

El—Yal yal voy comprendiendo.

Pero en que forma es establecida eso acuerdo.

Yo—Pues si se marcha usted enseguida se lo digo.

El—Aceptado.

Yo—Pues la supresión de las cárceles, y otros muchos beneficios, se obtendrían con un pequeño acuerdo entre los jueces y los criminales, entre la justicia y el crimen de cualquier especie que sea, en una palabra: con un acuerdo entre gatos y ratones.

El—Enterado. Me aprovecharé de sus luces. Gracias.

Yo—No hay, por qué darlas.

Pues yo soy quien ha salido ganancioso de nuestra larga y profunda disertación.

El—Pues bien á sus órdenes queda el señor Jumentera.

Yo—No; por Dios; no se quede usted.

El—Siento mucho; pero una conferencia que tengo que dar me llama á otra parte.

Yo—¡Bien! (Bendita conferencia y pobres pacientes).

El—Hasta la vista.

Yo—Descuide usted.

El mudo.

## El bizcochuelo

—... Señora... hay mejoría.

—Verdad... doctor?... responde la madre con cierta incredulidad.

—... La fiebre baja, la parte inferior de un pulmón está completamente sana; continúe usted los baños á 27°, cataplasmas de mañana y de tarde, pero ningún alimento... De usted al niño la posición horizontal... Tengo el honor de saludar á usted... Hasta otra visita, señora.

El marido acompañó al médico hasta la puerta: "Doctor?... Y una interrogación violenta se leía en el fondo de sus dos ojos azules.

El doctor titubeó un instante, y con semblante triste contestó:

—Acabo de decirlos que...

—Sí; pero la verdad... la verdad pura?

Para reprochársela luego!

—No!

—Pero, á qué...

—Soy un hombre, puedo y quiero saberlo todo!

—Desearé usted saber?

—Sí.

—Pues bien! Su hijo está perdido. Y mientras el médico desaparecía en el largo corredor, el desgraciado padre se recostó contra un mueble porque las paredes, la puerta, los escalones, toda parecía girar, bailar la ronda fúnebre de los muertos.

Entró pensativo en el cuarto del enfermo. El lugar inmenso que ocupa el niño en el hogar paterno, se comprende cuanto, de repente, la enfermedad cruel lo arroba á su vista y lo arroja moribundo en el sepulcro: Por última vez mira; aquellos ojuelos que sonríen por última vez á su amor.

Se comprende el lazo que une el padre á su hijo, cuando se ha visto el aposento en desorden; los frascos de todo tamaño acumulados sobre las mesas, sobre las sillas, sobre los armarios; la madre deshecha en llantos vaga de una parte á otra y vuelve obstinada cerca de la cama del pequeño enfermo: "¡Díjame que su mano es más caliente!...? Mírelo usted como brillan sus ojuelos?... pobrecito, pedazo de mi corazón... tan jóven!... mi tesoro, no quiero abandonarlo á la mamita!"

—No diga usted esto, interrumpe el padre... pues es imposible...

Y por la centésima vez ambos corazones se arriman á la camita, miran el ser amado que comprendía la felicidad del tiempo presente y futuro; desesperados, se tuercen los brazos de impotencia ante el enemigo implacable que inflexible á sus lágrimas y súplicas, extiende ya su misteriosa mano sobre la débil criatura.

Anoche, era el 5 de Abril de 1900. La madre algo tranquilizada por el doctor, rogaba, reclinada la frente sobre la cama del niño, cuando entró el padre.







